

Más adelante añade el marqués de Montchenu, al tratar de las rigurosas medidas tomadas para impedir todo conato de evasión:

«...El rigor es extremado. No hace mucho, dispararon los centinelas contra una lancha de la isla, que volvía al puerto poco después del cañonazo de la tarde. Resultaron muertos dos tripulantes, y ni uno hubiera quedado con vida de no haberse acogido al pabellón de la *Newcastle*, amarrada á la cual hubo de pasar la noche, luego de reconocida su condición. Después del toque de silencio, nadie puede transitar por la isla, ni siquiera por el recinto de la ciudad, sin tener la *seña*, que á rarísimas personas se comunica. Si las rondas topan con alguien que no dé la *seña*, disparan contra él sin más contemplaciones, y en caso de errar el tiro, le prenden y castigan. Yo tengo la *seña* siempre que quiero; yo mismo voy á pedirla ó mando al señor de Gors. Mis dos colegas han de pedirla personalmente, pero yo no la necesito más que cuando he ido á comer con el gobernador ó con el almirante.

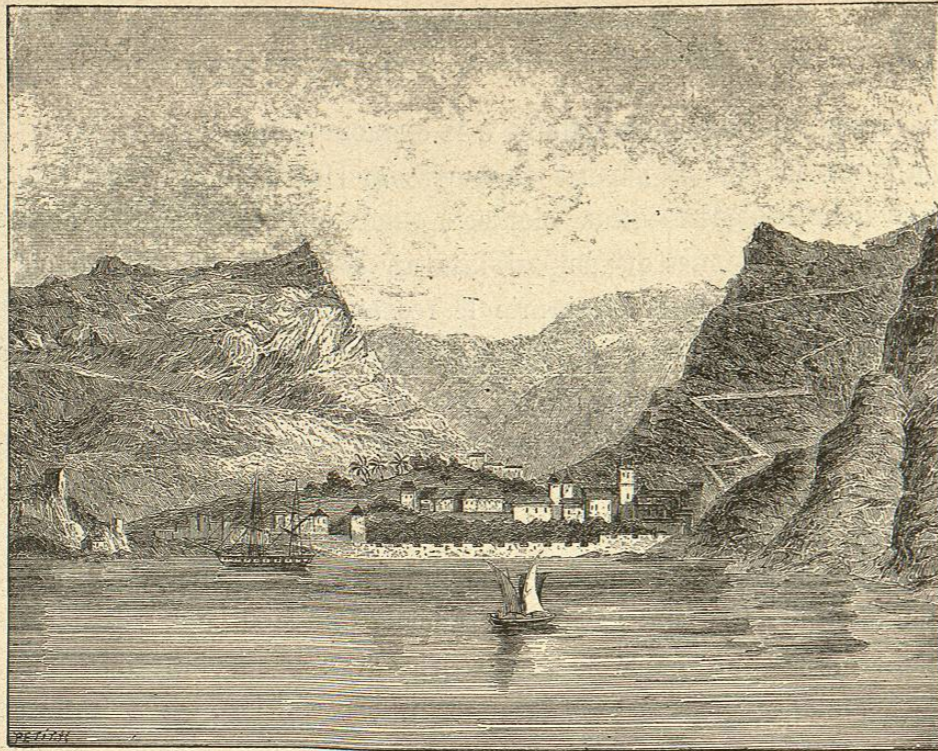
»Va éste frecuentemente á ver á Bonaparte, con quien la semana pasada estuvo hablando cerca de tres horas (1) acerca de Egipto, Waterloo y de muchos oficiales ingleses. También le habló de nosotros, diciéndole:—«No me tengo por prisionero, porque nadie me prendió, sino que, espontáneamente, me confié á la lealtad inglesa. Si recibiese á esos señores en calidad de comisarios, equivaldría á reconocerme prisionero de las potencias, y así, no los recibiré como tales. Si quieren verme, me placará mucho y no tienen más que dirigirse á Bertrand...» Por otra parte, ¿á qué viene aquí ese austriaco? Al menos me trajera noticias de mi mujer y de mi hijo... porque ¡soy el verdadero dueño de mi hijo!... ¡Su amo cayó veinte veces á mis pies!... ¿Y ese ruso? Tengo más de treinta cartas de su emperador, en las que me agradece cuanto por él hice. ¿Trata ahora de interesarse por mí y consolar mi infortunio?... Os enseñaré todas las cartas que me escribían los soberanos. En cuanto á Luis XVIII es otra cosa y ninguna queja tengo, porque jamás estuve en relaciones con él.» Bonaparte habla siempre muy respetuosamente del rey, así como también el señor Bertrand y

(1) Se refiere al almirante Malcolm. Las funciones del almirante Cockburn eran interinas y estuvo en Santa Elena hasta Junio de 1816, llegado ya Sir H. Lowe. El Emperador le trataba afectuosamente y lo recibía de muy buen grado. A menudo decía: «Echaré de menos á mi *tiburón*». Luego de ido Cockburn, mantuvo Napoleón sostenidas relaciones con el almirante Malcolm, quien siempre le guardó exquisitas atenciones.

su esposa, quienes suelen aludir á la clemencia real, como si todavía confiasen en ella. Bonaparte se queja amargamente del gobernador. «¿No tiene Inglaterra otras colonias á donde enviarme?» El almirante le expuso las razones que imposibilitaban toda mudanza. «Entonces, ¿he de morir aquí?» El almirante le respondió, sonriendo: «Creo que sí.» Mientras platicaban, dirigió Bonaparte la vista á la cumbre de una montaña muy alta, en la que hay un destacamento, y exclamó: «¿No es eso otra tontería? ¿Para qué sirve esa guardia? ¿Temen que me escape? ¿Acaso tengo alas? ¿A qué esta cárcel? ¿Por qué no me dejan ir por toda la isla?—En vuestro albedrío está.—Si, ¡pero con un oficial!... Bien sé que no me pueden dejar solo en la población, pero, ¡en el resto de la isla! ¿A qué ese oficial? Con él al lado, parezco prisionero.» Después habló de Cockburn, y dijo: «Es hombre ingenioso, de carácter entero y cabeza firme, orgulloso y altivo. Quiso tratarme de igual á igual y me faltó algunas veces al respeto debido, aunque sólo en pormenores triviales y no en cosas importantes.»

«...El clima de este país no merece los excesivos elogios que de él hacemos en Europa. No es malsano, pero tampoco vale lo que supusimos. Yo no estoy precisamente enfermo, pero sí delicado é inapetente. El calor se deja sentir, pues aunque estamos en invierno, el termómetro no ha bajado todavía de 20° R., ni aun por las noches. Los alimentos son caros y malos. Nada quiero deciros de mi instalación, porque sigo entre cuatro tablas, falto de recursos, y aunque los tuviera, me costaría mucho trabajo adquirir lo más necesario. Me piden 65 guineas por dos butacas y diez sillas de cuero; 46 guineas por una docena de sillas de pleita, y así por el estilo. Socorredme con un crédito provisional y dentro de un mes os mandaré una cuenta al pormenor, para que, en su vista, podáis asignarme el sueldo.

»Se me olvidaba añadir que Bonaparte dijo, al hablar de Rusia con el almirante: «Yo hubiera debido morir en Moscou y terminar allí gloriosamente mi carrera.» Platicando después sobre los miramientos que se le debían, preguntóle el almirante que si quería que le llamaran general. — «No, dejé de serlo al volver de Egipto...—¿Emperador?— ¡Oh, no!... Sé que no es posible, y además, he abdicado.—¿Pues cómo entonces?—Hubiese querido que me llamaran capitán... con no recuerdo qué nombre; pero, que me llamen Napoleón Bonaparte.»



SANTA ELENA.—Vista panorámica de James-Town. (Copia de un dibujo de la época.)

## CAPÍTULO II

El gobernador anuncia oficialmente á Napoleón la llegada de los comisarios. — El conde de Balmain declara las instrucciones que le ha dado Alejandro. — El Emperador manifiesta su propósito de emplear la fuerza contra quien intente introducirse en Longwood. — Respuesta del conde de Montholon á la primera nota enviada por los comisarios. — El marqués de Montchenu se conforma con el parecer de sus colegas. — Memoria del 23 de Agosto, en la que el Emperador protesta de su deportación á Santa Elena. — Venta de una parte de la plata labrada del tesoro imperial. — Reformas en Longwood. — Celebración de la fiesta de San Luis en James-Town. — Conversación entre el Emperador y el almirante Malcolm. — Waterloo. — El duque de Enghien. — Ney. — Marcha de Las Cases. — Incidente del botánico Welle.

Algunos meses habían transcurrido desde la llegada de los comisarios á la isla, y el ilustre prisionero continuaba invisible para ellos, aunque Montchenu escribe al duque de Richelieu diciéndole que podría ver á Bonaparte tantas cuantas veces quisiera con sólo ir á Longwood mientras el prisionero paseara. Sin embargo, como Montchenu cree que su función no consiste en vigilar de lejos al Emperador, sino en que éste le reciba oficialmente, no cesa de instar á Hudson Lowe para que le conduzca á la residencia de Napoleón.

Por último, después de esperar los comisarios mucho tiempo, decidió el gobernador escribir al general Bertrand, anunciándole oficialmente la llegada de los tres delegados de las potencias, y él mismo en persona entregó la carta. El intendente repuso de palabra: «¿Traen esos señores cartas de sus soberanos para el Emperador? ¿O se fundan en el convenio de 2 de Agosto? Hablaré de ello con el Emperador.» En seguida pidió que le proporcionaran el convenio; pero como nadie, ni el mismo gobernador, tenía copia de dicho documento, pasaron tres semanas buscándolo por todas partes, hasta que al fin el barón de Stürmer encontró el texto en un número atrasado de los muchos que del *Journal des Débats* había traído. Avisaron luego al gobernador, y conferenciaron largo y tendido los cuatro personajes, llegando sin duda el barón de Stürmer á recriminar á Hudson Lowe por su poco miramiento con Bonaparte, porque el recriminado exclamó diciendo: «Parece, caballero, que me echáis en cara el no estar en buenas relaciones con él.»

Sin embargo, en esta conferencia se resolvió que los comisarios pidieran oficialmente al gobernador que les condujese á Longwood. La redacción de la nota suscitó algunas dificultades, pues Hudson Lowe ponía reparos á cada frase, y todos los términos hubieron de aquilatar-se de manera que no lastimaran su amor propio, dejando á salvo la dignidad de los gobiernos extranjeros. Después de mucho cabildeo, se aceptó la siguiente fórmula:

«El infrascrito, deseoso de cumplir el principal objeto de su función, tiene el honor de rogar á V. E. que le facilite lo antes posible la coyuntura de ver á Napoleón Bonaparte. Al efecto, se cree en el deber de mostrar á V. E. el convenio de 2 de Agosto de 1815.»

Entonces declaró el conde de Balmain que, si tan difícil parecía entreverse con Napoleón, él, por su parte, se negaba á que su nombre constase en las diligencias consiguientes, pues su gobierno no le había prescrito levantar atestado; y además, su soberano en persona, en un artículo añadido de su puño y letra, le recomendaba guardar al Emperador los miramientos debidos á su pasada posición. Por lo tanto, si á Bonaparte le repugnaba aquella visita, no quería él entrometerse en el asunto. Sin embargo, para que no se creyera que rompía con sus colegas, escribió particularmente al gobernador.